

FIGURAS HISTÓRICAS

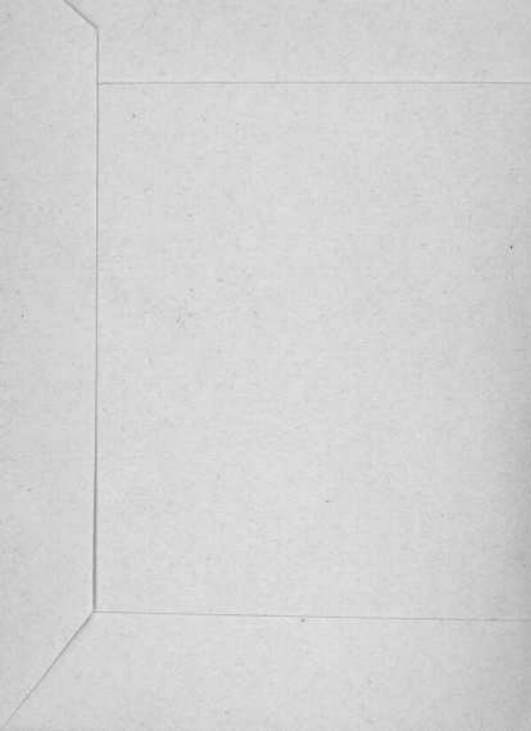
La triste Reina de
Nápoles, hermana
del Rey Católico

VICENTE GENOVÉS

G-F 10806

4

EDICIONES HISTORIA

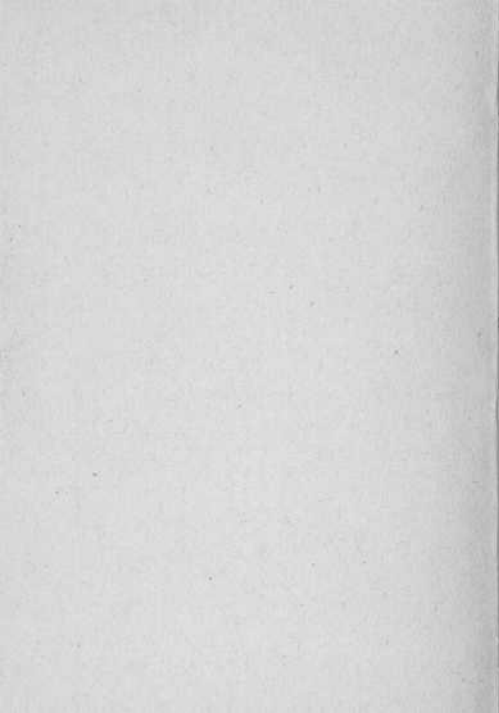


D&CL

A

c.1207731

t.120412



FIGURAS HISTÓRICAS

LA TRISTE REINA DE
NAPOLÉON, HERMANA
DEL REY CATÓLICO

POR VICENTE GENOVÉS

EDICIONES HISTORIA

ES PROPIEDAD
Queda hecho el depósito
que marca la ley.



Tip. Yagües.—Plaza del Conde Barajas, 4.—Madrid

R. 127081

La triste reina de Nápoles, hermana del Rey Católico

Emperatrices y reinas
las que huís de la alegría,
la triste Reina de Nápoles
busca vuestra compañía...

(Viejo romance castellano.)

Pocos lectores de nuestro Romancero conocen la personalidad histórica de esa «triste Reina de Nápoles» que en él aparece como prototipo de princesas desdichadas. Se ha olvidado casi por completo a la única hermana que de doble vínculo tuvo nuestro Rey Católico, y, sin embargo, doña Juana de Aragón

merece por muchos conceptos ser exhumada del olvido y que su figura legendaria ocupe un lugar destacado al estudiar aquella época gloriosa en que España cimentó su período imperial.

Era la Infanta Juana de Aragón hija, como Fernando, del segundo matrimonio de Juan II. Al enviudar de su primera esposa, la reina de Navarra doña Blanca, contrajo el aragonés segundas nupcias con doña Juana Enríquez, hija del famoso Almirante castellano y mujer de singulares dotes de carácter, bien acreditadas en los difíciles acontecimientos del reinado. De este segundo matrimonio a la larga habían de seguirse evidentes ventajas, y esencialmente la de preparar la política

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

de unidad peninsular coronada por los Reyes Católicos; pero, de momento, sólo sirvió para engendrar graves complicaciones: lo doméstico se mezcló con lo político, y a la explicable hostilidad entre la madrastra y los hijos del primer matrimonio vino a agregarse el sentimiento anticastellano de navarros y catalanes, que alrededor de la figura del Príncipe de Viana organizaron sus polémicas contra Juan II.

En tales complicadas circunstancias nació en Barcelona la infanta Juana, en 1455, dos años después que su hermano el futuro Rey Católico. De los primeros años de la infantita aragonesa poco sabemos: Debieron ser muy agitados. Muy niña empezó a ser utilizada al servicio

de la política al acompañar a su madre como rehén a una fortaleza navarra, para garantizar el cumplimiento de uno de tantos convenios a que obligó la afición de «los infantes de Aragón» por la política de Castilla.

Más tarde doña Juana se eclipsa algún tiempo de la historia. Los tiempos eran agitados; Juan II veía sublevarse contra él a los indómitos catalanes; el Príncipe de Viana era juguete, contra su rey y padre, de las rebeldías y facciones, y doña Juana Enríquez, la intrépida castellana, dirigía activamente la política real e incluso ponía su persona en graves riesgos militares. La infantita, ajena a tan graves preocupaciones, iba creciendo, y era to-

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

davía una niña cuando perdió definitivamente a su madre (a quien los quehaceres políticos no debieron dejar gran margen para sus ternuras maternas) al fallecer Juana Enríquez en 1468.

La infantita sólo tenía trece años. Su padre y su hermano (en quien pensaba Maquiavelo cuando escribió «El Príncipe»), plenamente entregados al ejercicio de la política, poco podrían atender a la infanta. Y doña Juana entró en la juventud rodeada por ayas y domésticos. Su Casa, dirigida por doña Isabel de Mur, agrupaba a muchas damas y jóvenes de Aragón, Valencia y Cataluña : doña Brianda de Mur, doña Damieta Dalagón, doña Orfrecina de Vilaragut... Junto a ellas, los

empleados varones: Luis de Santángel era el tesorero; Bernat Margarit, camarlengo; Mosén Juan de Medina, capellán de la infanta. Y, más abajo, los mayordomos, ujieres, «adsemblers», reposteros y ayudantes de cocina, cerero, caballeros y cocheros. Había que educar a la infanta preparándola para grandes destinos, y el tren de su juvenil casa era el que correspondía a una futura reina.

* * *

Porque para reina la preparaba su padre. Y lo fué de Nápoles, aunque bien pudo serlo de Castilla o de otro país. Podría ser una u otra la corona que ciñese sus sienes, pero

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

a los fines políticos de Juan II era indispensable que su única hija se sentase en un trono.

Hay un hecho esencial en nuestra Monarquía, sin el cual no es posible comprenderla: El principio de que la dinastía está al servicio del Reino, y no—como en tiempos de decadencia—la corona al servicio de la familia reinante. A aquel servicio del Reino por la dinastía no se entregaban solamente los reyes o los príncipes varones; también las damas se sacrificaban por el bien público, y eran utilizadas para la política de los Estados. Una princesa, en aquellos tiempos de gloriosa Monarquía, era un magnífico instrumento de diplomacia. Una buena política matrimonial ha ga-

nado tantas conquistas como las mejores empresas militares: «*Nam quae Mars aliis, dat tibi regna Venus*». Y en este orden los Trastamaras fueron tan buenos diplomáticos como victoriosos guerreros.

Doña Juana de Aragón fué, sencillamente, eso: una princesa al servicio de la dinastía. Se pensó en primer término fuese instrumento para la unión con Castilla; más tarde se la utilizó en el complicado juego diplomático-matrimonial del Mediterráneo; finalmente, mediante su boda con el Rey de Nápoles, sirvió de vínculo para intensificar aquella penetración aragonesa que tuvo su epílogo guerrero en la brillante conquista de Italia por los ejércitos del Rey Católico. Veamos rápida-

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

mente esas distintas fases preparatorias del matrimonio de la infanta aragonesa.

Primeramente se pensó en Castilla. Juan II, como sus hermanos, seguía desde Aragón aficionado a intervenir en los destinos castellanos; su política tendía a preparar la futura unidad peninsular, y para ello nada mejor que el camino pacífico de los enlaces matrimoniales. Hacia 1559 empezó a tratarse de dos posibles casamientos: el de doña Isabel de Castilla (la futura Reina Católica) con D. Fernando de Aragón, y el de D. Alfonso de Castilla (hermano, como aquélla, del monarca reinante Enrique IV) con la infanta Juana. Poco después, las graves discordias civiles de Castilla,

secretamente fomentadas por el Rey de Aragón, levantaban contra Enrique IV a gran parte de la más caracterizada nobleza, al frente de la cual se colocaba, proclamándole Rey, al Príncipe D. Alfonso. Era 1467; se abren negociaciones entre los nobles castellanos y el Rey aragonés, y vuelve a pensarse en aquellos proyectos matrimoniales de unos años antes. Según ellos, la infanta doña Juana contraería matrimonio con el pretendiente castellano y hubiera sido Reina de Castilla. Pero por fortuna histórica, (puesto que ello hubiera retardado la unión peninsular, sólo posible con el matrimonio de Isabel y Fernando como Reyes respectivos de Castilla y Aragón) aquel proyectado matrimonio

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

se deshizo con la muerte prematura, en 1468, del infante D. Alfonso.

Pero si se cerraban para doña Juana los caminos de Castilla, otros muchos se le abrían. Ya se había pensado en algún momento casarla con el Duque de Berri, D. Carlos, hermano de Luis XI de Francia, para suavizar las relaciones con los vecinos allende-pirenaicos; fué más tarde, en 1472, cuando empezó a orientarse hacia Nápoles el matrimonio de doña Juana.

Es sabido que reinaba en el sur de Italia la dinastía aragonesa desde la conquista de Nápoles por Alfonso V. Su hijo bastardo, Fernando o Ferrante I, no siempre anduvo en buenas relaciones con la rama legítima y aragonesa de su familia.

Pero los acontecimientos políticos de la Europa occidental fueron amortiguando los antagonismos familiares ante la necesidad de agrupar fuerzas frente al creciente poderío de Luis XI de Francia. Se entablaron negociaciones entre Aragón y Nápoles para acordarse en diversas materias políticas, guerreras y económicas; nada mejor para fundamentar los pactos que un enlace matrimonial. Entonces es cuando empezó a pensarse en la boda de doña Juana de Aragón con un infante napolitano, D. Fadrique, hijo del Rey Ferrante.

Los tratos eran laboriosos, y las circunstancias europeas agitadas. Las guerras contra Luis XI distrajerón la atención diplomática del

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

proyectado enlace. Cuando años después se reanudaron las negociaciones, nuevos acontecimientos habían tenido lugar, y al pensar en matrimonios cambiaron las personas interesadas. Era un Rey, y no un infante, el futuro esposo de doña Juana. Con Ferrante I, y no con don Fadrique, había de casar la infanta aragonesa.

* * *

Pero no bastaba a una princesa aragonesa del siglo XV con ofrecerse pasivamente al servicio de la política como objeto de transacciones matrimoniales. Los tiempos eran duros, las personas para afrontarlos muy pocas, y muchas veces las damas habían de ayudar a los varo-

nes en tareas activas de gobierno. En el mismo siglo XV una insigne Reina, doña María de Castilla, esposa de Alfonso V de Aragón, sustituyó con frecuencia al conquistador de Nápoles en la gobernación de sus Estados peninsulares, y más tarde otra castellana de nacimiento y Reina de Aragón, doña Juana Enríquez, dirigió—como verdadero nervio político del período—la dura resistencia contra la sublevación catalana. No es raro que la hija de Juana Enríquez, nuestra infanta Juana de Aragón, siguiera la tradición familiar y hubiese en difíciles circunstancias de empuñar personalmente las riendas del Gobierno.

Atravesaba Aragón momentos críticos cuando la infantita cumplía

sus veinte años. El vecino Rey de Francia, atizando los rescoldos de las luchas intestinas de Cataluña, aprovechaba la coyuntura para hostilizar una vez más a su viejo rival Juan II, muy achacoso a la sazón tras tantos años de agitada vida. Por otra parte, el Príncipe heredero, Don Fernando, ya marido de Isabel de Castilla, tomaba sobre sus hombros la responsabilidad de la lucha contra Portugal y de la pacificación del Reino de Castilla; alejado de Aragón el príncipe, era notoria su ausencia ante las graves circunstancias de la guerra. Juan II necesitaba movilizar todos los recursos militares y económicos, y para obtener urgentemente estos últimos había, entre otras medidas,

convocado las Cortes del Principado de Cataluña.

A fines de 1475, ante la inaplazable necesidad de obtener la ayuda económica, y debiendo el anciano monarca aragonés marchar a Zaragoza para dirigir desde allí las difíciles vicisitudes políticas, y sumergido por su parte Fernando el Católico en la campaña de Castilla, sólo quedaba un personaje de la familia real capacitado para proseguir las reuniones del Parlamento catalán: la infanta Juana. A ella acudió su padre, Juan II, designándola en octubre de aquel año Lugarteniente general del Principado de Cataluña, con la misión principal de proseguir y concluir la reunión de Cortes, y otorgándole ade-

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

más extraordinarias prerrogativas en cuanto a la gobernación del Estado, administración de justicia, etc.

En 8 de marzo de 1476 llegó la infanta Juana a Lérida (donde se hallaban reunidos los parlamentarios catalanes a causa de la epidemia de peste reinante en Barcelona) y desde aquel momento hasta abril de 1477 actuó la Lugarteniente general, consiguiendo felices resultados al poner de acuerdo respecto de los negocios pendientes a los Brazos eclesiástico y militar. No fué tan fácil la tarea respecto al Estamento Real, cuyos principales miembros, y singularmente los representantes de la ciudad de Barcelona, se mostraban poco propicios a la concesión de subsidios al mo-

narca. Con este motivo hubo doña Juana de ejercer sus dotes diplomáticas, en un constante forcejeo con los parlamentarios.

A la par que dirigía la reunión de Cortes, también la Lugarteniente se ocupó de otros asuntos de gobierno, promulgando edictos, administrando justicia, persiguiendo a los enemigos del Rey y perturbadores del orden y reprimiendo con dureza el juego y la blasfemia; expidió nombramientos de oficios públicos y licencias para el ejercicio de diversas profesiones, protegió Conventos y Monasterios (singularmente a los de Montserrat y Santa Clara de Barcelona), ayudó a la Inquisición en la lucha contra los falsos conversos, aunque por otra

parte concedió ciertas libertades de trabajo a los moros. Y entre las diversas medidas de gobierno figuran las gestiones cerca de su hermano D Fernando, a la sazón Rey consorte de Castilla, para que en este reino se permitiese la introducción de paños catalanes.

El breve gobierno de la infanta Juana estuvo lleno de aciertos y durante él se captó la Lugarteniente el afecto de los catalanes; pero ella deseaba cambiar la política por el tálamo nupcial, y durante los últimos meses de su actuación en Cataluña se ocupaba de los detalles de su próxima boda, concertada, mientras tanto, con el Rey de Nápoles.

* * *

Hemos visto más arriba cómo las circunstancias interrumpieron las negociaciones matrimoniales para casar a doña Juana con un infante napolitano. Pero a fines de 1475 nuevas circunstancias aconsejan reanudar los tratos, con objeto de reforzar la alianza entre las dos ramas, aragonesa y napolitana, de la dinastía; a la sazón, el Rey de Nápoles prefirió ser él, personalmente, en vez de su hijo Fadrique, quien contrajese matrimonio con la infanta aragonesa. El cambio fué del agrado del viejo Juan II de Aragón, que deseaba testimoniar a Ferrante su agradecimiento por las ayudas recibidas de él durante las guerras contra Francia. En cambio Fernando el Católico no era favorable a un

enlace napolitano de su hermana, por dos motivos: en primer lugar por el extremadamente próximo parentesco entre doña Juana y los descendientes de Altonso V; en segundo término porque, teóricamente, no se obtenían ventajas desde el punto de vista sucesorio. Si la boda era con Fadrique, por ser éste segundón no era probable su accesión al trono (a pesar de cuya improbabilidad llegó a ser Rey en las agitados postrimerías de la independencia napolitana); y si el matrimonio era con Ferrante I, aunque Juana llegaría a Reina, los hijos de este segundo matrimonio era casi imposible llegasen a heredar la corona (y también, a pesar de la lógica, falló aquí la previsión, pues la úni-

ca hija de este segundo matrimonio de Ferrante con doña Juana de Aragón también llegó a sentarse en el trono de Nápoles como esposa de Ferrantito—o Fernando II—nieta del primer vínculo de Ferrante).

Eran, pues, dispares las opiniones de Juan II y su hijo D. Fernando acerca de la boda de doña Juana. En estas discrepancias propuso el anciano Rey «consultar con la hija, porque graves inconvenientes se seguían de los casamientos que se hacían sin consentimiento de las mujeres». Y, en efecto, «el Rey mandó llamar a la infanta su hija e dixole todo lo que en este caso había pasado e visto con el Príncipe su hermano, en las causas que le movían a este casamiento; porque el

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

Rey ninguna cosa de esto quería sin voluntad e consentimiento suyo: e así le mandaba que claramente le dixesen su determinada voluntad».

Es notable la escena: Juan II, el viejo zorro, encanecido con las astucias de la política, y su magnífico hijo y discípulo Fernando el Católico, en plena juventud ya maduro en sutilezas de estadista, tras discutir y pesar sus encontrados pareceres, ponen término a la discordia consultando a la interesada, una princesita de veinte años escasos, cuya suerte dependía de la respuesta que diese en aquel instante: «La Infanta rescibió vergüenza en este caso dever de hablar; pero como fuese toda de mucha virtud e discreción, respondió que como ella

fuese nacida para casar e la razón esto demandase é la bienaventuranza suya fuese en el casamiento, esto era de remitir a Nuestro Señor, en cuya benignidad esperaba querría mirar con ojos de misericordia los grandes trabaxos del Rey su señor y su padre en los quales algún remedio se daría si ella bienaventuradamente casase, é ya ella fuese en edad conveniente demandada por aquellos príncipes al Rey muy parientes e caros; pues a su parescer el Rey esto dexaba, teniéndoselo en merced, e besando las manos por ello, respondía parescerle ser más conveniente el casamiento del Rey don Fernando su primo; a lo cual dió muchas y evidentes razones, las quales el Rey aprobó y el Príncipe

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

loó el ingenio y virtud de su muy amada hermana»).

Aceptada en principio la boda con Ferrante por doña Juana, a fines de 1475 envió Juan II un Embaixador a Nápoles para tratar con Ferrante del proyectado enlace. Las negociaciones fueron laboriosas, ya que el maestro de Montesa no sólo debía ocuparse del matrimonio de doña Juana, sino, además, de la liquidación de antiguas cuestiones económicas entre las dos ramas de la dinastía aragonesa y de la organización de una fuerte alianza militar y política entre Nápoles, Castilla y Aragón; el éxito coronó los tratos, y a fines de 1476 quedaba concertada la boda de la Infanta

Juana con su tío el Rey Ferrante de Nápoles.

Un año después, en el verano de 1477, se celebró el casamiento. Las fiestas que con tal motivo se organizaron en Barcelona fueron típicas de la época; con los elementos tradicionales del Medioevo catalán, último eco de un período que se cerraba, mezclábanse muestras del nuevo estilo renacentista. Españoles e italianos de los más insignes linajes dieron lustre a los festejos. Empezaron éstos con la llegada de una magnífica expedición napolitana, presidida por D. Alfonso, Duque de Calabria y heredero de la corona de Nápoles, encargado por su padre de acompañar hasta Italia a la nueva Reina. Con el Duque de

Calabria venían el príncipe de Bisignano, los Duques de Andria y de Melfi, los Condes de Consa y d'Ariano y otros nobles caballeros napolitanos; el viaje lo realizaban en una brillante flota de once buques. El 21 de agosto llegaron a Badalona, desde cuya población hicieron una romántica visita nocturna a Barcelona, para saludar privadamente al Rey de Aragón y a la infanta Juana, antes de verificar su entrada oficial en la capital del Principado. Juan II obsequió a los caballeros napolitanos con una espléndida cena, tras la cual regresaron, jinetes en sus caballos, a Badalona.

El 25 de julio de 1477, fiesta de Santiago Apóstol, llegaba la escua-

dra napolitana al puerto de Barcelona; en el muelle se había preparado un bello puente adornado con telas rojas, desde el cual el Obispo de Gerona y los «Consellers» de Barcelona dieron la bienvenida al Duque de Calabria. Al pie del puente, y bajo dosel dorado, el Rey de Aragón abrazó a su sobrino, marchando ambos al vecino palacio de la Lonja, donde estaba doña Juana, a quien saludó con gran cortesía su futuro hijastro. Organizóse un baile, abierto por la nueva Reina de Nápoles y el Duque de Calabria, a los que secundaron ilustres damas barcelonesas y los nobles del séquito italiano. Más tarde desfilaron ante los balcones de la lonja las co-

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

fradías de menestrales con sus pendones y banderas.

Tras ello salió de la Lonja la comitiva regia, encabezada a caballo por el viejo Juan II, al que seguían el Duque de Calabria y a su derecha la infanta Juana, las riendas de cuyo caballo llevaba a pie el Virrey de Cerdeña; detrás seguían a caballo gran número de nobles y damas de las más insignes familias aragonesas y napolitanas. La comitiva recorrió las adornadas calles de la vieja Barcelona, dirigiéndose —tras una breve visita a la Catedral, donde les recibió el Cabildo con su Obispo al frente—al palacio destinado a los visitantes napolitanos.

Tres días después, en el Palacio

Real, se verificaron los esponsales de doña Juana con el Rey de Nápoles, al que representaba su hijo el Duque de Calabria, celebrándose después una magnífica colación de «confits de sucre».

Siguieron los festejos. Además de repetirse—para que la admirasen los italianos—la procesión del Corpus, organizáronse torneos entre los caballeros napolitanos y los españoles, bailes y banquetes y, sobre todo, la solemne coronación de la nueva Reina de Nápoles. Celebróse este último acto en la Plaza del Rey, convenientemente adornada con grandes velas de colores que aliviase los rayos del sol de agosto, y espléndidas tribunas, en una de las cuales se preparó un bien ves-

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

tido altar. A la hora señalada salió de Palacio la real comitiva, a cuyo frente marchan cuatro Abades, los Ministros generales de las Ordenes de S. Agustín y Frailes Menores, y seis Obispos, todos los cuales, llegados que fueron al altar, se vistieron con grandes capas bordadas en oro. Detrás venían el Rey de Aragón y el Duque de Calabria, siguiéndoles doña Juana, en medio de otros dos Obispos, «vestida con un traje de seda carmesí, con los cabellos sueltos sobre la espalda». Ya instalados en la tribuna, el Obispo de Gerona empezó la misa; después de la Epístola, arrodillóse la Reina a los pies del celebrante, quien la bendijo y pronunció ciertas oraciones adecuadas. Después la

consagró, ungiéndola en el hombro izquierdo y en medio de las espaldas; hecho lo cual, la Reina, acompañada por el Duque de Calabria y los dos Obispos asistentes, se retiró a la capilla real, donde cambió el vestido rojo por una dalmática blanca de seda, regresando a la plaza, precedida por tres nobles napolitanos: el Príncipe de Bisignano, el Conde d'Ariano y el Duque de Melfi, que llevaban, respectivamente, la corona de oro y brillantes, el cetro y el pomo, emblemas de la realeza. Llegados al altar, continuó la misa, y después de comulgar el celebrante, volvió a arrodillarse ante él la Reina. El Obispo de Gerona bendijo la corona y la colocó sobre las sienes de doña Juana;

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

después el cetro, que puso en la mano derecha de la Reina, y el pomo, en la mano izquierda. Doña Juana de Aragón había sido coronada como Reina de Nápoles e iba a empezar una nueva vida.

Días después, el 22 de agosto de 1477, se embarcaba la infanta aragonesa en la flota napolitana y marchaba hacia Italia. En Barcelona dejaba a su anciano padre, Juan II de Aragón, que había de sobrevivir muy poco a la triunfal exaltación de doña Juana.

* * *

El 29 de agosto las escuadras napolitana y española que conducían a doña Juana hacia su nueva patria tocaban en el puerto de Génova, y

el 6 de septiembre llegaban a Gaeta, donde desembarcaron los expedicionarios, trasladándose la nueva Reina al castillo napolitano del Ovo, en el que fué visitada por su esposo «muy galán vestido a la francesa». La entrada en Nápoles se celebró con gran pompa, y alojóse la infanta en el castillo de Capua. Poco más tarde, el 16 de diciembre de 1477, se repetía solemnemente la coronación de la Reina en la Iglesia de la Encoronada, de Nápoles, con asistencia del futuro Pontífice y a la sazón Cardenal don Rodrigo de Borja, como Legado del Papa; las fiestas celebradas con tal motivo fueron solemnísimas, y en ellas fué jurado heredero el Príncipe de Capua, nieto del Rey.

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

Inauguraba Juana de Aragón su carrera de esposa y de Reina. Llegaba a un país agitado por internas descomposiciones que el talento político de Ferrante I apenas conseguía demorar; era este monarca hijo natural de Alfonso V de Aragón, al que había sucedido en el trono napolitano en 1458. De su primer matrimonio con doña Isabel de Claremonte tenía cuatro hijos: Alfonsino, Duque de Calabria; Fadrique, Príncipe de Tarento; Leonor, Duquesa de Ferrara por su casamiento con Ercole de Este, y Beatriz, Reina de Hungría al casar con el famoso Marías Corvino. Durante su reinado, a pesar de las constantes luchas con los inquietos «Baronets» de la nobleza napolitana, Ferrante ha-

bía conseguido captarse el afecto o, cuando menos, el respeto de sus súbditos, que le consideraban—en contraste con los monarcas anteriores, españoles o franceses—un «Ré tutto suo». Gracias a ese prestigio y a su innegable capacidad política—que no en vano pertenecía Ferrante a la magnífica dinastía de los Trastamaras aragoneses—consiguió el monarca napolitano ir sorteando las dificultades interiores de su reino y los terribles problemas internacionales que siempre planteó a Nápoles su céntrica situación mediterránea, forzada a un constante forcejeo militar y diplomático en que se ventilaban su dominación e intervenían franceses, españoles, turcos, súbditos temporales de la Santa

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

Sede... Para mantener el difícil equilibrio napolitano, Ferrante procuró en esta última etapa de su reinado intensificar la alianza con Aragón, y su segundo matrimonio con doña Juana fué uno de los más caracterizados pasos en tal sentido. No es, pues, extraño que alrededor de la nueva Reina se agrupase una brillante corte hispano-napolitana, reanudando la tradición iniciada por los brillantes cortesanos aragoneses, valencianos y catalanes de Alfonso V.

En los primeros años napolitanos de doña Juana fué personaje destacado en la corte el Embajador de Aragón y Maestre de Montesa, Fray Luis Despuig; muchos nobles pertenecientes a las familias aragone-

sas que en el reinado anterior habían afincado en Nápoles, rodeaban a doña Juana, y con ellos gran número de intelectuales y artistas, entre los que cabe destacar a los famosos Jacobo de Sannazaro y Nicolás Garreth, «el Cariteo». La corte renacentista de doña Juana era un potente foco de hispanismo cultural; en ella pusiéronse en boga ciertas danzas de origen español y se representaron, entre otros espectáculos teatrales, dos farsas o dramas alegóricos que escribió Sannazaro para celebrar el triunfo de los Reyes Católicos en la guerra de Granada. Desde Italia doña Juana de Aragón seguía con afecto de hermana y entusiasmo de española los éxitos de Fernando e Isabel.

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

Tuvo la Reina de Nápoles una hija, también bautizada con el nombre de Juana. Como su madre, esta niña había de ser, andando los años, esposa de un Ferrante (el segundo de este nombre, conocido en la historia como «Ferrantino») y Reina de Nápoles. Madre e hija habían de ostentar el calificativo de «Tristes reinas» con que han pasado a la leyenda; una y otra había de merecer el doble respeto de napolitanos y españoles a pesar de la crítica posición en que los acontecimientos las pusieron. Pronto habían de empezar esos tiempos trágicos para doña Juana de Aragón y para el reino de Nápoles; en 1494 fallecía Ferrante I, de cuyo reinado quedó el recuerdo de haber sido «tem-

FIGURAS HISTÓRICAS

po di forza e di gloria e di bon governo». Su hijo y heredero, Alfonso, más intransigente con los «baronets» y con menor tacto político que Ferrante, había de contribuir a la rápida crisis de la monarquía napolitana que acabó con la independencia de aquel reino incorporándolo a la corona de España.

Los acontecimientos se sucedieron vertiginosamente: las tropas francesas de Carlos VIII, apoyándose en el descontento de fuertes núcleos de la nobleza napolitana, invadían el sur de Italia, y Alfonso se vió obligado a abdicar la corona en su hijo Ferrantino. Poco antes había contraído matrimonio este príncipe con doña Juana, la única hija del segundo matrimonio de Ferran-

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

te, y quizás ello contribuyó a que Fernando el Católico se decidiera a avudar a su joven sobrino el nuevo Rey de Nápoles. Las tropas españolas, mandadas por Gonzalo Fernández de Córdoba, en combinación con las napolitanas, fueron reconquistando territorios peninsulares, y en 1495 pudo Ferrantino aposentar a su reciente esposa y a la Reina viuda en el Castilnovo de Nápoles. Pero poco duró la feliz situación, ya que al finalizar el año siguiente fallecía prematuramente Ferrantino, dejando a «la Reyna su mujer desdichada, que xosa de la fortuna de su madre la Reyna Doña Juana, y del Príncipe Don Federico su hermano, al cual quedó la sucesión del Reyno por entonces.»

En la boda de Ferrantino con su hija y en la ayuda a Nápoles de su hermano el Rey Católico, se había visto ya la habilidad política de doña Juana. En las nuevas desdichas de su país de adopción continuaría la hija de Juan II hallando constantes motivos de actividad política, y así vemos que, según nos cuentan los cronistas, en 1499 marcharon a España «las Reynas de Nápoles madre e hija, hermana y sobrina del Rey Don Fernando, y con ellas el Gran Capitán Gonzalo Fernández, Duque de Montegargano, é tres ó quatro Prelados muy honrados, Arzobispos e Obispos, e quedó en Aragón la Revna moza en un lugar cerca de Valencia, é la madre vino a Granada en el mes de Julio de di-

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

cho año, donde entonces estaba la corte, donde le hicieron honrado recibimiento el Rey su hermano y la Reyna». «Las Reynas de Nápoles se dijo venir en España por la desconsolación que tenían después de la muerte del Rey Don Fernando II deste nombre, el mozo», y al parecer la Reina madre pretendía el apoyo de su hermano para negociar la boda de su hija con el Duque de Calabria, hijo y heredero de Federico. «Diz que el Rey Don Fernando escribió algunas cartas a Federico su sobrino, Rey de Nápoles, sobre el mismo casamiento y sobre otras cosas convenientes para entre ellos»; influído por su hermana, intentaba el monarca español por última vez salvar la independendencia na-

FIGURAS HISTÓRICAS

politana y la alianza de su dinastía con los herederos de Alfonso V. Pero Fadrique, casado con una princesa francesa, era poco inclinado a la amistad con España «é no se pudo acabar con Federico y su hijo que el dicho casamiento se ficiese, é por esta causa e desconsolación, e por otras causas, les convino venir a las dichas Reynas en España».

Mientras doña Juana y su hija, fracasado su intento doblemente patriótico y acorde con su origen aragonés y su matrimonio napolitano, permanecían en España, los acontecimientos de Italia se precipitaban, hasta la entrada de Gonzalo Fernández de Córdoba en la ciudad de Nápoles en 1503; cuando, tres años más tarde, y ya viudo de doña

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

Isabel y esposo en segundas nupcias de doña Germana de Foix, visitó Fernando el Católico sus nuevos dominios de Italia, acompañáronle en el viaje las dos Reinas viudas de Nápoles. Entraron éstas en la capital de su antiguo reino antes que Fernando, al que recibieron en el Palacio Real de Nápoles, juntamente con otra Reina viuda, doña Beatriz de Hungría; «el Rey las abrazó a todas con mucho amor, las cuales (Reinas) estaban acompañadas de muchas damas e hijosdalgos vestidos de oro y brocado y mucha pedrería». Como dice Zurita, el insigne historiador aragonés, «fué caso de considerar que se hallasen en estas fiestas cuatro Reinas juntas, y

que tres de ellas se vean echadas de sus reinos»).

«Aquel grupo de princesas de la destronada casa de Aragón que transitaron todavía durante algunos años de su vida por Nápoles a los comienzos de la dominación española, las dos Juanas, Isabel Duquesa de Milán, Beatriz Reina de Hungría, tienen—al decir de Croce—algo que atrae la fantasía del poeta». Al regresar Fernando el Católico y Germana de Foix a España, quedaron su hermana y su sobrina en Nápoles, viviendo de sus considerables rentas y posesiones en Sulmona, Teano, Venafro, Isernia, Pescostanzo, rodeadas por una verdadera Corte que las tributaba—como a parientas tan próximas del monarca espa-

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

ñol—honores de Reinas. Vivían en Castel Capuano, y con ellas Beatriz de Hungría, Bona Sforza e Isabel de Aragón; años más tarde, en recuerdo de la femenina corte, dedicaba Galeazzo de Tarsia unos versos al viejo castillo:

O felici di mille e mille amanti
diporto, e di reyal donne diletto,
albergo memorabile ed eletto
a diversi piacer quest'anni avanti...

En aquella pequeña corte se rendía culto al Renacimiento. Bailes, representaciones teatrales, amores y aquella humanística manifestación de las «servidumbres de amor», distraían los ocios de las egregias damas. En el centro de ellas doña Juana de Aragón, la triste Reina de

FIGURAS HISTÓRICAS

Nápoles, dirigiendo el pequeño Estado, personificaba el enlace entre los viejos y los nuevos tiempos de Nápoles; viuda del gran Rey de la dinastía nacional, y hermana del Rey Católico, insigne fundador del período español; bien vista por sus compatriotas de nacimiento y por sus antiguos súbditos italianos, alrededor de doña Juana conviven damas y caballeros de las dos naciones: junto al Cardenal Luis de Borja, al Virrey D. Raimundo de Cardona, a damas de linajes españoles tan ilustres como doña Violante Centellas o doña María Enríquez, aparecen los nombres italianos: Doña Giovana Castriota, la confidente de la «triste Reina», Bona Sforza, Diana Gambacorta, las Princesas de

LA TRISTE REINA DE NÁPOLES

Palermo y Bisignano, los Duques de Ferrandina o Bisciglia, el Prior de Messina, los Marqueses de Pescara y Bitonto. De las interioridades de aquella corte, tan entregada a los románticos pasatiempos del Renacimiento, han escrito los contemporáneos y ha fantaseado la leyenda. Señalemos tan sólo algunas «rimas» del Cariteo, y el «Dechado de amor» de Vázquez, en las que aparece bellamente evocada la figura de doña Juana.

Años más tarde, en 7 de enero de 1517, fallecía la «triste Reina de Nápoles», hermana del Rey Católico; en su testamento disponía la edificación de un Convento e Iglesia de Santa María de Jesús, donde deseaba se la inhumase junto a los

restos de Alfonso I, Ferrante y Ferrantino; provisionalmente enterróse el cadáver en la Iglesia de Santa María «la Nova», donde años más tarde se construyó un sepulcro con le efígie de doña Juana esculpida en mármol blanco.

De Juana de Aragón dijo un poeta contemporáneo era

dolce, benegna,
morígera, fedel, non importuna...

Por no ser importuna, tampoco lo ha sido con la historia. Y, sin embargo, su paso por la vida no fué mediocre: Excelente hija de Juan II, disciplinada princesa al servicio de la dinastía, discreta Lugarteniente de Cataluña, digna esposa de Ferrante I de Nápoles, habilísi-

ma colaboradora en el tránsito político del sur de Italia, arquetipo—como esposa y como viuda—de Reina del Renacimiento, eslabón importante en las relaciones hispano-italianas, la Triste Reina de Nápoles merece un recuerdo junto a la egregia figura de su hermano Don Fernando el Rey Católico de España.

FIN

